

un objeto de horror. ¡Ay! hermanas, cautivas somos y nunca lo hemos sido tanto como ahora.

LA CORIFEA. Locas y frívolas, verdaderas mujeres, juguete y capricho del tiempo, de la dicha y de la desgracia, nada sabéis soportar con calma; siempre estáis en violenta contradicción unas con otras. En la dicha y en el dolor lloráis y reís en el mismo tono. ¡Ahora callad! y que cada una aguarde lo que decida la reina en su sabiduría en su favor y en el nuestro.

ELENA. ¿Dónde estás, pitonisa? ¡Cualquiera que sea tu nombre, sal de esas nubes, de ese triste alcázar! Ibas tal vez á anunciar mi llegada á ese magnífico señor y héroe, para que me acogiese con benevolencia. Te lo agradezco, pero condúceme pronto á su presencia; yo no deseo ya más que el fin de este laberinto, no deseo más que el descanso.

CORIFEA. ¡En vano, Reina, miras en derredor tuyo! Ha desaparecido el fantasma; quizá se ha quedado allá en la nube que nos ha conducido tan pronto aquí sin dar un paso. Quizá extraviado en el laberinto de este castillo formado de elementos tan distintos está pidiendo al señor que te haga la acogida que es debida á los príncipes. Pero mira como ya se agita allí arriba en las galerías y las portadas una multitud de criados. Esto nos anuncia que seremos acogidos de una manera digna y hospitalaria.

EL CORO. ¡Mi corazón se dilata! ¡Ah! ved con cuanta dignidad y con que paso armonioso se adelanta esa joven y preciosa comitiva! ¿Quién habrá formado y ordenado tan temprano este noble pueblo de adolescentes? No sé lo que más debo admirar, si su porte elegante, ó los bucles de su cabellera en derredor de su hermosa frente, ó sus mejillas sonrosadas como el

melocotón, cubiertas todavía de un vello tan suave. Las mordería de buen grado, pero me estremezco al pensarlo, pues en semejante tentación, la boca se llenaría de ceniza. Ya se aproximan á nosotras los más hermosos. ¿Que es lo que traen? Gradas para el trono, una alfombra, un asiento con una cortina al rededor que parece un pabellón y se despliega cual guirnalda de nubes sobre la cabeza de nuestra reina. Ya ocupa el magnífico asiento. Acercaos grada por grada y formaos en majestuoso círculo. ¡Dignamente, tres veces dignamente sea bendita semejante acogida!

Todo lo que canta el coro va cumpliéndose poco á poco. Luego de haber desfilado un largo cortejo de niños y de escuderos, aparece Fausto en lo alto de la escalera en traje de corte, de caballero de la edad media, y empieza á descender con lentitud y majestad.

LA CORIFEA, *contemplándolo atentamente*. Si los dioses, como lo hacen con frecuencia, no han prestado por pocos instantes un rostro maravilloso, un porte sublime, una presencia amable y encantadora; si este hombre ha de conservar estas ventajas; se puede decir que saldrá airoso en todo cuanto emprenda, ya en los combates con los hombres, ya en las lides amorosas. En verdad, es preferible á muchos otros que hasta aquí había tenido en alta estimación. Veo al príncipe con su paso lento y grave, su comedimiento lleno de respeto... ¡Ay! ¡Sálvate reina!

FAUSTO, *adelantándose, llevando á su lado un hombre maniatado*. En vez de una salutación solemne, como convenía, en vez de una acogida respetuosa, te presento cargado de grillos á este criado el cual faltando á su deber, me ha impedido de cumplir con el mío. — Aquí, póstrate antes esta mujer augusta y confíesale tu falta. He aquí, augusta soberana, el hombre encargado de

vigilar con su vista penetrante desde lo alto de la torre, y recorrer atentamente el espacio y la extensión de la tierra para dar aviso de todo cuanto se diriga desde el círculo de colinas en el valle hacia el castillo, ya sea un rebaño, ya sea un ejército. Nosotros nos repartimos el primero, y acometemos al segundo. ¡ Pero hoy, cuál descuido! Vienes tú y no te anuncia, y no se te hace la noble acogida que corresponde á tan ilustre huésped. Por ese delito ha merecido la muerte; ya hubiera corrido su sangre, mas tú sola tienes el derecho de castigar ó perdonar.

ELENA. Cualquiera que sea la autoridad que sobre ellos me confieras ora sea la del juez ó la de soberana (tienes sin duda la intención de probarme), voy á ejercerla ahora cumpliendo con el primer deber del juez que consiste en oír al acusado. — ¡ Habla, pues!

LINCEO, *el vigía de la torre*. ¡ Déjame arrodillar, — dejame contemplar, — déjame morir, déjame vivir, pues pertenezco á esta mujer enviada por los dioses!

Aguardando estaba las delicias de la mañana, — y acechando en oriente la llegada del día. — De repente, ó maravilla, — he visto el sol levantarse en el mediodía.

Mis ojos vueltos hacia aquella parte no veían las gargantas, ni las alturas, — ni el espacio de la tierra y de los cielos. — No veían más que la que es sin igual.

Tengo la mirada del lince en la copa del árbol; — pero ahora era preciso que hiciese esfuerzos como al salir de un profundo sueño.

No sabía más cómo orientarme; — la almena, la torre, la puerta cerrada... Las nubes se ciernen y se entrebren. Sale de ellas la diosa.

Con los ojos y el pecho inclinados hacia ella, — me embriagaba con la vista de ese suave resplandor. —

¡ Cómo me deslumbró esa belleza! — ¡ Desgraciado! me cegaba completamente.

Olvidé los deberes de vigía, — olvidé la bocina encantada; — anonádame, la belleza triunfa siempre de la cólera.

ELENA. No puedo castigar el mal que he causado. ¡ Desdichada! Cruel destino el que me persigue: seducir en todas partes el corazón de los hombres hasta el punto que no respetan ni á sí mismos, ni á todo lo que es respetable. Pillando, seduciendo, combatiendo, robando semidioses, héroes, dioses y hasta demonios, con ellos anduve de una parte y otra. He turbado el mundo más de una vez, y ahora soy un estorbo en cualquier parte. Deja libre á este guerrero, no aflija ningún oprobio el que ha sido deslumbrado por los dioses.

FAUSTO. Oh mi reina, veo con asombro á la que con ojo tan certero tocó el blanco y al mismo tiempo me siento herido. Veo el arco que arrojó la flecha y que me ha herido. El dardo sigue al dardo y me alcanza. Lo oigo silbar por el aire y pasando los muros. ¿ Qué soy yo ahora? De repente haréis que se levanten contra mí los que hasta ahora me han sido fieles, y ya me temo que mi ejército obedezca á la mujer que nunca ha sido vencida. ¿ Qué puedo hacer más que entregarme á tu disposición con todo lo que poseo? Permíteme que postrado á tus pies, libre y fiel, te reconozca por soberana á ti que con sólo aparecer te has hecho dueña del país y del trono.

LINCEO, *llevando un cajón y seguido de hombres cargados*. Reina, estoy de regreso. El rico implora una mirada; te admira y de repente se ve pobre como un mendigo y rico como un príncipe. ¿ Qué era antes y que soy ahora? ¿ Qué es menester querer? ¿ Qué debo hacer?

¿ Para qué sirve la centella de los más hermosos ojos ? Los tuyos la rechazan. — Llegamos por la parte de Levante y quedó subyugado el Occidente : el primero nada sabía del último ; cayó el primero, el segundo quedó en pies, la lanza del tercero no estaba lejos ; cada cual llevaba ciento detrás ; muchos miles murieron desapercibidos. Arremetimos hasta que llegásemos más allá, llevándonos todo con violencia ; quedamos dueños en todas partes. El pueblo donde yo imperaba hoy, otro lo saqueaba el día siguiente. Éste se apoderó de la mujer más hermosa ; aquel del mejor toro y se hacían dueños de todos los caballos. Pero á mí me gustaba descubrir los objetos más preciosos y raros y todo lo que poseían los demás me parecía insignificante como si fuese hierba seca.

Iba en pos de los tesoros, con mi vista penetrante veía el fondo de todos los bolsillos ; todo se volvía transparente para mí y al instante reuní montones de oro. Pero ante todo se debe apreciar la más noble piedra preciosa, la esmeralda que sola es digna de verdear en tu seno. Ahora que la gotecilla salida del fondo de los mares cuelgue entre tu oreja y tu boca ; quedarán eclipsados los rubíes por el color de tu rostro. Traigo pues aquí y depongo á tus pies el más grande de los tesoros fruto de mil batallas sangrientas. Por numerosos que sean los cofrecitos que ves, muchos más me quedan todavía ; permíteme que siga tus huellas y llenaré la sala de tu tesoro hasta la bóveda, pues apenas has subido las gradas del trono, he visto inclinarse la inteligencia, la riqueza y la fuerza ante la única belleza.

Todo esto lo tenía guardado, pero ahora es cosa tuya. Creía que estas joyas fuesen preciosas, raras y verdaderas, y ahora comprendo que esto no es nada.

Todo cuanto yo poseía ha desaparecido ; todo ello no es más que hierba segada y mustia. ¡ Ah ! devuélveles con una mirada indulgente el valor que han perdido !

FAUSTO. Llévate pronto esa carga adquirida con audacia, llévatela sin vituperio, pero también sin recompensa. Ya es suyo cuanto encierra este castillo en su seno ; darle un tesoro especial es superfluo. Ve y amontona simétricamente tesoros sobre tesoros. ¡ Enséñanos la sublime imagen de un esplendor inaudito ! Haz que las bóvedas brillen como un cielo puro. Prepara paraísos de vida sobrenatural, despliega ante ella alfombras que pisen sus pies como flores aterciopeladas y que esos ojos que no deslumbran los dioses no hallen par doquiera sino el más sublime esplendor.

LINCEO. Lo que manda el señor es fácil para el sirviente pues esa altiva beldad dispone de los bienes y de la vida. Ya todo el ejército está vencido, todas las espadas están paralizadas y embotadas ante esta forma sublime ; hasta el mismo sol empalidece ante el esplendor de su rostro. Todo es caos, todo es confusión.

ELENA á Fausto. Quisiera hablarte ; pero sube y ven á mi lado ; el puesto que queda por ocupar espera un dueño y asegura el mío.

FAUSTO. Mujer sublime, permite que antes me postre á tus pies y te ofrezca mi homenaje, déjame besar la mano que me eleva hasta ti. Admíteme como coronado de tu infinito imperio y que un solo hombre sea tu admirador, tu esclavo y tu guardia.

ELENA. Veo y oigo maravillas sin número ; estoy llena de asombro y de muchas cosas quisiera enterarme. Pero deseo saber por qué el tono del discurso de ese hombre me ha parecido á la vez tan extraño á

tan afable. Parece que un sonido sucede armoniosamente á otro sonido, y cuando una palabra acaba de herir el oído, llega otra palabra para acariciar la primera.

FAUSTO. Si ya te gusta el idioma de nuestro país, más va aún á seducirte su canto, pues satisface el oído y la mente en toda su profundidad. Pero para mayor seguridad, ensayémoslo luego; atraerá y provocará dulces pláticas.

ELENA. Dime ¿ que debo hacer para decir palabras tan hermosas?

FAUSTO. Nada más fácil; es menester que eso salga del corazón, y cuando está lleno el pecho de esperanza y de pesar, uno mira en torno suyo y pregunta.

ELENA. ¿ Quién será feliz conmigo?

FAUSTO. El espíritu no mirará adelante ni atrás. Solo el presente.

ELENA. Es nuestra dicha.

FAUSTO. Es un tesoro, una sublime conquista, posesión y prenda; ¿ quién lo confirma?

ELENA. Mi mano.

EL CORO. ¿ Quién no aprobará que nuestra reina se muestre afable con el señor de este castillo? Es menester confesarlo, somos todas cautivas como ya muchas veces nos ha sucedido después de la ignominiosa caída de Ilión y desde que vamos vagando en un laberinto de existencias llenas de angustias y de dolor. Mujeres expuestas al amor de los hombres, no eligen ellas mismas, sino tienen que soportarlos y conceden iguales derechos sobre sus tiernos y delicados miembros al pastor de cabellera de oro, como también al fauno de áspero pelo, según se presenta la ocasión. Ved cómo se acercan más y más, apoyado el uno en el otro, hombro por hombro, rodilla por rodilla, enla-

zados de manos, se mecen sobre la elevación sublime del trono. La majestad no se priva del secreto goce de manifestarse altamente ante la vista del pueblo.

ELENA. ¡ Me parece estar á la vez tan cerca y tan lejos! Sin cesar repito con gusto: ¡ Estoy aquí!

FAUSTO. Respiro apenas; me falta la palabra, mis labios tiemblan; esto es un sueño; el día y el silio han desaparecido.

ELENA. ¡ Me parece haber vivido demasiado y sin embargo, siento que revivo refundida en ti y fiel á ti, mi desconocido!

FAUSTO. No intentes sondear este raro destino; vivir es un deber aunque no sea más que por un instante.

FORKIAS, *entrando con vehemencia*. Seguid deletreando el alfabeto del amor, arrullándoos con palabras de cariño, seguid amándoos y subtilizando en el ocio, pero no es favorable el momento. ¿ No oís un sordo temblor? ¿ No oís el sonido agudo de la corneta? La desdicha está cerca; ¡ Menelao al frente de un pueblo numeroso marcha contra vosotros! ¡ Preparaos á una lucha terrible!... Rodeado por la multitud de los vencedores vas á pagar la protección que has dado á esas mujeres, y ésta hallará colgada por un tenue hilo cerca del altar el hacha afilada de fresco.

FAUSTO. ¡ Atrevida interrupción! En mala hora llega. Hasta en el peligro odio la vehemencia atolondrada. Una mala noticia afea al más hermoso mensajero; pero, tú, la más fea de las feas te complaces en traer el más triste mensaje. Pero esta vez no lograrás tu intento aunque llenes los aires con tu hueca voz. Aquí, no hay peligro, y el mismo peligro sería para mí una amenaza vana.

Llamadas, explosión de las torres, trompetas y clarines, música guerrera, pasan fuerzas militares formidables.

FAUSTO. Pronto vas á ver reunida la falange indivisible de los héroes. Sólo merece el favor de las mujeres el que sabe protegerlas por la fuerza. (Á los jefes que salen de las columnas y se acercan.) ; Con ese furor contenido y sereno, que te asegura la victoria, vé, noble juventud del Norte, y vosotras fuerzas del oriente en su flor ! Cubiertos de acero reluciente estos ejércitos que pulverizaron imperios se adelantan y tiembla la tierra ; marchan y los sigue el trueno.

Desembarcamos cerca de Pilos. ; El viejo Nestor ya no existe ! y nuestro ejército desbarata todas esas pequeñas confederaciones de reyes.

¡ Ahora arrojad sin tardar á Menelao de estos muros y perseguidle hasta el mar ! Que allí siga merodeando, saqueando y acechando su prenda según su inclinación y su destino.

La reina de Esparta me manda que os salude con el nombre de duques. Pongámos á sus plantas el monte y el valle ; á vosotros tocará la conquista del imperio.

Tú, Germano, defiende las bahías de Corinto con baluartes y diques, y á ti, Godo, confío la defensa de la Acaya y de sus cien gargantas.

Que los ejércitos de los francos marchen hacia Elis ; que Mesina toque al Sajón, que el Normano despeje los mares y acreciente el reino de Argos.

Entonces cada cual se quedará en su país y dirigirá la fuerza y el rayo contra el extranjero ; pero Esparta imperará sobre vosotros por ser la sede de la reina por largos años. Os verá gustosa gozar cada uno del país en que nada ha de faltáros. Venid confiados á buscar á sus pies la investidura, el derecho y la luz.

Fausto desciende y los príncipes forman corro en torno suyo para recibir sus órdenes.

EL CORO. Que el que pida la más hermosa para sí, ante todo tenga valor y registre con cautela sus armas. Con las caricias ha podido conquistar lo que hay de más precioso en el mundo, mas no podrá gozarlo en paz : astutos seductores la sorprenderán ; audaces salteadores se la quitarán por fuerza. Que lo piense y desconfíe. Por esto celebro á nuestro soberano ; entre todos lo estimo por haber logrado imponer respeto con su prudencia y su valor á los más poderosos que ahí están en pie, obedientes y prontos á cumplir sus órdenes. Cada uno sacará provecho para sí y merecerá la gratitud del príncipe y todos ellos servirán á la gloriosa soberana. ¿ Pues, quién la arrebatará al glorioso dueño que la posee ? Le pertenece. ¡ Oh que con ella se quede ! ; doblemente lo deseamos ! La ha rodeado por dentro de inexpugnables muros, por fuera, del más valiente ejército.

FAUSTO. Grandes y magníficos son los dones concedidos, puesto que á cada uno va á tocar un rico país. Partan, pues ; nosotros nos quedamos con el imperio del centro. Y te protegerán con ardor, cada uno en su turno, oh tierra que no eres una isla, pero que las olas han unido por una leve cordillera de colinas con las montañas de Europa. Que este país, el cual desde ahora pertenece á mi reina, haga más que otro la felicidad de todos. Cuando al dulce susurro de las ondas profundas del Eurotas, salió luminosa del huevo, su augusta madre y su hermana fueron deslumbradas por su esplendor. Con la vista fija en ti, ese país, tu patria, te enseña su más preciosa hermosura. ¡ Ah prefírelo al que te pertenece ! Cuando sobre los más encumbrados montes triunfan los rayos del sol, la peña verdea sin embargo y la cabra halla su pasto frugal. Mana la fuente, precipítanse los arroyos, y ya principian á re-

verdecer los barrancos, las vertientes y praderas; sobre cien colinas vense pasar rebaños de ovejas. Con grave paso se adelantan los bueyes hacia la orilla escarpada, en que la roca se abre en mil cuevas y les ofrece seguro asilo. Pan las protege; las ninfas habitan cuevas húmedas y frescas y en los sitios más encumbrados levantan sus ramas los árboles. Ya forman antiguas selvas: la encina es grande, fuerte y dura; el arce lleno de dulce savia sube en toda su gracia sin sentir su carga. Y maternalmente, en la sombra tranquila, mana la leche pura para el niño y el corderillo; por doquiera cuelgan frutas y fluye miel de los troncos huecos.

El bienestar es allí hereditario; cada uno es inmortal en su puesto; son sanos y están contentos; desarróllase el precioso niño que llegará á ser algún día padre feliz. Estamos asombrados y preguntamos: « ¿Son hombres ó dioses? » Así se juntó Apolo con los pastores, pues allí donde la natura reina en su pureza, los mundos se encadenan y se confunden. (Siéntase cerca de Elena.) Ya que para mí como para ti la suerte ha sido propicia, olvidemos lo pasado; ¡ah! puedes enorgullecerte de tu origen divino, perteneces enteramente al mundo primitivo. Es imposible que quedes encerrada en un castillo. Italia está próxima á Esparta, y para nosotros, para nuestras delicias conserva su eterna lozanía. Destinada á la más sublime felicidad, estás tocando el punto supremo de tu suerte: los tronos se convierten en verdura, libre es nuestra felicidad en el seno de la natura.

Cambia la escena; pabellones cerrados se levantan cerca de una fila de grutas cubiertas de follaje. No se percibe á Fausto ni á Elena. El coro duerme tendido en la hierba).

FORKIAS. No sé cuanto tiempo ha que duermen las jóvenes así como tampoco si han soñado lo que he

visto claramente. Despertémoslas. Los jóvenes se asombrarán y también vosotros, adultos, que allá estáis sentados aguardando el fin de estos prodigios. ¡En pie! ¡en pie! sacudid vuestras cabelleras, desperezaos y escuchadme.

EL CORO. Habla y cuéntanos el milagro que ha sucedido; deseamos oír hasta lo que no podemos creer pues ya estamos fastidiados de mirar á esos peñascos.

FORKIAS. Apenas os habéis restregado los ojos y ya os fastidiáis. Oid pues: en esas cavernas, grutas y pabellones, nuestro señor y su esposa han hallado abrigo y protección como una pareja amorosa prendada de los encantos de la naturaleza.

EL CORO. ¿Cómo allá dentro?

FORKIAS. Separados del mundo, á mí sola llamaron para que los sirviera. Me honraban con su confianza; pero cual conviene á una confidente, miraba en derredor mío, yendo de una parte á otra, buscando hierbas, musgos y raíces por conocer su eficacia y los dejaba solos.

EL CORO. Cualquiera creería al oírte que hay un mundo allí dentro, bosques y prados, arroyos y lagos; ¿qué cuentos estás forjando?

FORKIAS. ¡Qué inexpertas sois! Son profundidades que no habéis sondado y que contienen salas y patios que descubrí á fuerza de buscar. De repente oí una carcajada en la caverna; miré por ese lado y vi un niño que saltaba del seno de su madre hacia su padre, y del padre á la madre; los mimos, los halagos y las caricias de un loco amor me atolondraron. Un genio desnudo sin alas, un fauno sin bestialidad saltó sobre el suelo firme que por la reacción, lo rechazó en el aire y al segundo ó tercer salto tocó la bóveda. Gritóle entonces la madre llena de angustia: « Salta siempre á

tu antojo, mas guárdate de volar, pues el vuelo no te está permitido. »

Y el padre lo exhorta en estos términos: « La elasticidad que te empuja hacia arriba está en la tierra; toca tan sólo el suelo con la punta del pie y no tardarás en ser fuerte como Anteo hijo de la Tierra. » Conformándose á estas palabras, salta el niño sobre la peña de una vertiente á la otra como salta una pelota; pero de repente desaparece en la boca del precipicio y nos creemos que está perdido. Su madre se lamenta, su padre la consuela y yo me encojo de hombros y me quedo en pie. ¡ Ved ahora cual espectáculo! ¿ Habría allí tesoros escondidos? Ostenta un rico traje con listas de flores, cuelgan flecos de sus brazos, flotan en torno de su seno ricas fajas; con su lira de oro en la mano se adelanta cual pequeño Febo hasta el borde de la peña. Nosotros quedamos asombrados. Sus padres arrobados, se arrojan uno en brazo de otro. ¡ Qué esplendor rodea su frente! ¿ Es el brillo del oro ó la llama del genio? Nadie puede decirlo. Así se anuncia por sus actos y sus movimientos como futuro maestro de cuanto es bello, y sintiendo en sus venas las eternas melodías; tal lo oiréis y veréis.

EL CORO. ¡ No llames eso un prodigio, hija de Creta! ¿ No has escuchado nunca la palabra del poeta que á todos enseña? Ignoras la riqueza divina, heroica de las tradiciones de Ionia, de los recuerdos de Grecia? Todo cuanto ves hoy no es más que una pálida sombra de los días deliciosos de nuestros mayores. Tu relato no se puede comparar á la fábula amena más digna de fe que la misma verdad que cuentan del hijo de Maia. Las mujeres prodigaban sus cuidados al recién nacido lindo y robusto, pero él, travieso desprende sus flexibles miembros de entre las preciosas mantillas,

cual mariposa que abriendo sus alas se escapa prontamente, y libre revolotea en el éter luminoso. Más ágil aún, dió pronto á conocer por su habilidad que favorecería los perillanes y los ladrones. Robó el tridente al dominador de los mares, á Febo el arco y la flecha, á Vulcano las tenazas; y hasta robara á Júpiter el rayo á no tenerle miedo al fuego. Venció al Amor en la corrida de carros y robó el cinto á Ciprea á pesar de sus caricias.

(Sale de la cueva una música suave y melodiosa; todos prestan atento oído y parecen estar profundamente conmovidos.)

FORKIAS. Oid esos sonidos encantadores, olvidad pronto las fábulas, abandonad esa caterva de dioses; eso ya no existe. Nadie quiere ya comprenderos: aspiramos á más, pues lo destinado á conmover el corazón, del corazón ha de salir.

(Se retira hacia la roca.)

EL CORO. Ser terrible, si te agradan esas suaves figuras, henos conmovidas hasta las lágrimas. Desaparezca del cielo la luz del sol, con tal que penetre en el alma. Entonces hallaremos en nuestro corazón lo que el mundo entero nos niega.

ELENA, FAUSTO, EUFORIÓN, *en el traje ya indicado.*

EUFORIÓN. Si oís el canto de un niño, vuestra alegría se parece á la suya; si me veis saltar según su cadencia, vuestro corazón se estremece de placer.

ELENA. El amor, para hacer felices los hombres, une á dos personas; pero para que sea completa su dicha, se necesitan tres.

FAUSTO. Nada nos falta ya; tuyo soy, y tú me per-

teneces, estamos eternamente unidos ; ¡ ojalá sea siempre así !

EL CORO. Bajo la apariencia de este niño se enlazan los goces de muchos años en este consorcio. ¡ Cuán suave es esta vista para nuestros corazones !

EUFORIÓN. ¡ Dejadme bailar, dejadme saltar por los aires ! Penetrarlo todo, tal es mi dicha.

FAUSTO. ¡ Modérate, sé prudente. Calma esa audacia. Evita la caída y la desgracia. Tu pérdida sería la nuestra, hijo querido.

EUFORIÓN. No quiero por más tiempo pertenecer á la tierra ; dejad libres mis manos, mis cabellos, mis vestidos, míos son.

ELENA. ¡ Oh ! piensa, piensa á quien perteneces : ¡ qué desgracia si llegaras á conturbar esta noble unión : yo, tú y él !

EL CORO. Temo que en breve se romperá el lazo.

ELENA Y FAUSTO. ¡ Modera, calma por el amor que debes á tus padres, tus deseos sin límites ! Quédate tranquilo y sigue los usos de todos.

EUFORIÓN. Sólo para complaceros me reprimiré. (Llévase tras sí el Coro bailando.) Me juntaré con estos coros armoniosos. ¿ Es ésta la melodía ? ¿ Es éste el compás ?

ELENA. Sí, muy bien. Dirige la rueda armoniosa de esas lindas bailadoras.

FAUSTO. ¡ Oh ! ; cuando acabará esto ! Esta chanza me gusta poco.

EUFORIÓN, y el Coro cantando y bailando. ¡ Cuando mueves tus preciosos brazos, cuando sacudes en los aires tu luminosa cabellera, cuando tus pasos tan suaves se deslizan y tus miembros tienen movimientos graciosos, entonces, hermoso niño, logras tu objeto ! Nuestros corazones son tuyos ; todo te sonrío.

EUFORIÓN. ¡ Todas vosotras sois cervatillas fugitivas ! ¡ Es un juego nuevo en que es preciso correr ! Yo soy el cazador y vosotras la caza.

EL CORO. ¡ Si quieres que te sigamos, no seas tan ágil ; pues no tenemos más que un objeto, un deseo solo, y es de abrazarte, oh bella imagen !

ELENA Y FAUSTO. ¡ Qué travesura ! ¡ qué alboroto ! No hay ya que esperar moderación. Se precipita y sus gritos hacen retumbar como el cuerno los montes y valles. — ¡ Que desorden ! ¡ que gritos !

EUFORIÓN. EL CORO. (*Las jóvenes entran una en pos de otra.*) Ha pasado delante de nosotras riendo con desdén ; arrastra aquí la más esquiva de nuestras compañeras.

EUFORIÓN, arrastrando á una joven. Si yo arrastro hasta aquí la altiva joven, si la estrecho contra mi seno con delicias, besándola en la boca, á pesar de su resistencia, esto lo hago para manifestar mi fuerza y mi voluntad.

LA JOVEN. ¡ Déjame ! Yo también tengo fuerza y valor. Mi voluntad igual á la tuya no se vence fácilmente. ¿ Confías en tu brazo ?

Sino mesueltas, insensato, voy á quemarte para divertirme. (*Arroja llamas y chispea mientras se va elevando.*) Sígueme por los aires, sígueme en la tumba ; procura alcanzar el objeto que no has podido conseguir.

EUFORIÓN, (*sacudiendo las llamas*). ¿ Qué debo hacer aquí entre la peña y el monte cubierto de malezas ? ¿ No soy por ventura joven y esforzado ? Silban los vientos y braman las lejanas olas ; las oigo y quiero acercarme á ellas.

(*Sigue encaramándose por la peña.*)

ELENA Y FAUSTO Y EL CORO. ¿ Quieres parecerte á los gamos ? Tememos de verte caer.

EUFORIÓN. Es preciso que siga subiendo, que mis miradas alcancen siempre más lejos. Ahora sé donde me hallo : en medio de la isla, en medio del país de Pelops que participa de la tierra y de la mar.

EL CORO. Si no quieres gozar de la calma del monte y del bosque, iremos en busca de las viñas dispuestas en hileras en las vertientes de las colinas; no nos faltarán los higos y las manzanas. ¡Ah! quédate, quédate en esta hermosa tierra.

EUFORIÓN. ¿Soñáis en la paz? Pues bien, que cada cual sueñe en lo que más le agrada. La guerra es mi divisa. ¡La victoria! esa es una palabra que suena bien.

EL CORO. El que en tiempo de paz echa de menos la guerra, renuncia á la esperanza y á la felicidad...

EUFORIÓN. No quiero ni olas ni murallas; el pecho del hombre, firme como el bronce, es la muralla más segura. ¿Queréis quedaros sin conquistas? Marchemos á la guerra armados á la ligera; las mujeres se vuelven amazonas, y cada niño se vuelve un héroe.

EL CORO. ¡Divina poesía! ¡Hermosa estrella, remóntate hacia el cielo, brilla lejos y siempre más lejos! Nos sigue y es un deleite oír su marcha armoniosa.

EUFORIÓN. Ya no soy un niño, sino el adolescente armado reunido con los fuertes, libres y bravos; ¡Partamos! Allá solo hallaremos el camino de la gloria.

FAUSTO Y ELENA. ¿Apenas entrado en la vida, ya ceseas salir de ella? ¿Nada somos para ti? ¿Será un sueño nuestra hermosa reunión?

EUFORIÓN. ¿No oís el trueno sobre el mar? ¿No lo oís en el valle, en el polvo y en las olas, en la multitud y el tumulto, hacia el dolor y el tormento? La muerte es una ley; eso se comprende fácilmente.

ELENA, FAUSTO Y EL CORO. ¡Qué horror! ¡Qué delirio! ¡la muerte es una ley para ti!

EUFORIÓN. ¿Debo dirigirme á otro país? No; ¡quiero mi parte de miseria y de desdicha!

LOS ANTERIORES. ¡Orgullo y peligro! — ¡Suerte fatal!

EUFORIÓN. ¡Dos alas se desplegan! Es preciso ir allá, allá! admirad mi vuelo.

Se lanza á los aires, sosteniéndolo por un momento su flotante vestido; su cabeza resplandece, es visible una traza de fuego.

EL CORO. ¡Ícaro! ¡Ícaro! ¡Acábense tantos dolores!

(Gae un hermoso joven al pie de los padres; uno cree reconocer en ese cadáver facciones conocidas; pero la forma material se disipa, sube la aureola como cometa hacia el cielo quedando los vestidos y el manto por el suelo.)

ELENA Y FAUSTO. ¡Amargas penas vienen inmediatamente después de la alegría!

EUFORIÓN (*voz salida de los abismos*). Madre mía, no me dejes solo en esta oscura mansión. (*Pausa*.)

EL CORO (*canto funebre*). ¡Dejarte solo! Qué importa el sitio donde habites! ¡Creemos concertarte bastante! Aunque abandones la luz del día, ningún corazón se separará de ti. Apenas nos atrevemos á compadecerte; envidiamos y celebramos tu suerte: ¡en la luz así como en las tinieblas, el amor y el valor fueron grandes en ti!

¡Ah! ni tu ilustre sangre, ni la fuerza de que estabas dotado bastaron á impedir este fin prematuro...

¡Fuistes arrebatado en la flor de la juventud!

Tuvistes un ojo de águila para contemplar el mundo; un alma abierta á todos los movimientos del corazón. Te amó con ardor la mejor de las mujeres, ó poeta de cantos incomparables!...

Nada ha podido detenerte, y tú mismo te has cogido

(1) Supónese que esta alegoría se refiere á lord Byron.